

La Biblia vasca de Olabide¹

Es la obra-cumbre del escritor P. Olabide académico de la lengua vasca: *La Santa Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento*.

La edita «El Mensajero del Corazón de Jesús» de Bilbao, a los 16 años de muerto el traductor. La versión íntegra que él nos legó, según los textos originales, ha sido revisada y completada con introducciones, notas, vocabularios e índices valiosísimos. Forman un precioso tomo de 2.200 p., en papel-breviario y formato manual (15,5 × 16 × 4,5) con un peso de 200 gramos. Se abre comodísimamente; lleva al principio una hoja-cartulina para los nombres del dueño y familiares del ejemplar, y otras dos al fin con mapas y planos en colores; dos cintillas-registros, favorecen su manejo, y un tarjetón suelto con el Índice General facilita el tenerlo a mano en cualquier pasaje. Se presentan en sólida y elegante encuadernación, sea en tela de diversos colores, sea en piel con canto dorado, y aun en ejemplares numerados e impresos en papel *moaré* más consistente. Viene protegida por un estuche implegable, en el que un lacito-educador hace resbalar para fuera el libro.

Bien merecía la joya tal engaste. El prudente y magnánimo Administrador de la Editorial, P. Enrique Larracochea, supo comprenderlo, cuando hubimos de valuárselo con justeza, y afrontó su trabajo con esmero.

LA PREPACIÓ.N.

Ante todo fué realmente heroica y fructuosa la preparación del P. Olabide. Aquel hombre impertérrito, que ni en su niñez ni en su primera juventud oyó la lengua de sus apellidos, trabajó con tesón de gigante por conocerla a perfección desde que se formó en él la convicción de que A. M. D. G. debía hacerlo; y aunque nunca la llegó a hablar con espontaneidad (lo vemos sus compañeros de Loyola), sí logró tal comprensión *racional* de ella que difícilmente se hallará quien le iguale en esto.

Nacido en Vitoria (15, III, 1869), colegial de Orduña, novicio a los quince años, sigue por Loyola, Veruela y Tortosa, su formación humanística y filosófica de jesuítas, y es durante su magisterio de Valladolid, a los 27 años de edad, cuando llega a aquella convicción, reforzada después en Salamanca. El, que será fidelísimo hijo de San Ignacio aun en las más críticas circunstancias, él de cuyo espíritu de caridad universal veríamos tantos ejemplos y oíríamos tantos testimonios, sentirá juntamente la vergüenza natural de verse

¹ OLABIDE'TAR ERAIMUN, S. J., *Idazteuna. Itun zâf eta beñia*. —Yesu'fen biotzaren Deya (Bilbo'n, 1958).

vasco sin saber vascuence»; y desde entonces «*recte et immobiliter*» aplicará su enorme potencia intelectual y volitiva al logro de su empeño. Cumpliendo a satisfacción las obligaciones de la obediencia, no habrá ya vano en su vida.

Emprende el estudio de la gramática vasca más completa, la de A. Campión, y va asimilándose a la vez el gran Diccionario de D. Resurrección M.^a Azcue. Se dedicará después en Oña a los estudios escriturísticos y teológicos, que tanto le han de servir; profundizará en espíritu ignaciano, durante la tercera probación en Manresa; obtendrá luego en Salamanca la licenciatura en Filosofía y Letras; y, ejerciendo ya de Padre el profesorado en los Colegios, firmará por fin en Camposancos de Pontevedra (1914) su primer libro vasco, *Gogo-Iñarkunak*; El libro de «Los Ejercicios», según el texto autógrafo de San Ignacio. «Aunque el cuerpo se halla en Roma, aquí es donde está el alma de San Ignacio» exclamará en su prólogo, que vibra de amor al santo. La traducción, depurada por su amigo el catedrático D. Luis de Eleizalde, es neta, aunque algo tiesa todavía; pero con ella ha dado Olabide el primer paso que marcará la huella definitiva en la estructuración de nuestra literatura ascética.

Para el 1917, tendrá ya preparado, en el Colegio de San José de Valladolid, otro libro muy en consonancia con las asignaturas que explica: el *Giza-soña*, «El cuerpo humano»: maravilloso nomenclator o vocabulario de casi 7.000 palabras, con el que facilitará a las ciencias somáticas su expresión en vascuence. Algo muy superior planeaba después para la ciencia del espíritu con su *Giza-gogoa*, «El alma humana»; pero con certera visión, prefirió plasmar el vocabulario reunido en otra obra concreta e inmortal, «La Imitación de Cristo» por Tomás de Kempis: *Kisto'ren antz-bidea*. Nos lo presentó en 1920 en lenguaje puro sí, pero mucho más suave y jugoso que el de los Ejercicios, revelándonos en él las maravillas del Gersoncito. (¡Lástima que el P. Olabide no le antepusiera un prólogo como a aquellos: hubiéramos tenido un tratadito completo sobre el Kempis y su obra!) Del del P. Olabide beberán a pleno sabor en adelante cuantos se propongan traducirlo.

ACADÉMICO Y TRADUCTOR DE LA BIBLIA.

Entre tanto, el año 1919, había tenido lugar en la Universidad de Oñate el «Congreso Internacional de Estudios Vascos». Había sido el gran deseo de Olabide, con el fin de unificar las fuerzas en favor de la lengua. El fué su gran promotor; aquí nació la «Academia Vasca» y fué nombrado Académico-Fundador. Más adelante, con ocasión de una de sus sesiones, se encenderá para él el sol que irradiará en toda su vida: la traducción de la Biblia. Tratábase de hacer textos escolares para los niños; ¿cómo preparar el de la Historia Sagrada y de la Iglesia, si aun para los grandes nos falta la versión de la Biblia? Olabide se comprometerá a hacerla, y tomará la obra con la seriedad que él suele.

Desde el Colegio de Orduña le pasaron los Superiores en 1921 al de Loiola, donde podrá dedicarse de lleno a su labor. En 1928 tenía ya dispuesto todo *El Nuevo Testamento*, según el texto griego de Vogels. Pusiéronle notas los PP. Florentino Ogara y Manuel Arín, y lo publicó *El Mensajero del C. de J.* en 1931. Hay un grandísimo avance en esta obra sobre las anteriores: por supuesto, el vocabulario es ya inmensamente más rico, pero sobre todo el estilo, sus giros, su expresión vienen a ser mucho más suaves y sabrosos que antes.

El P. Olabide dejó intacto a su muerte en Toulouse (9, IX, 1942) tal cual había quedado impreso en 1931 su Nuevo Testamento; y desde entonces sólo pensó en preparar la versión del Antiguo. Mala época la de los años 31 y sig. para que sus compañeros de Loyola, y aun los literatos vascos en general, pudieran solazarse con el fruto de los afanes del Padre. Nosotros, entre los sobresaltos, traslados y años de destierro, que principalmente afectaron a nuestras casas de formación, apenas pudimos darnos cuenta de la ponderativa acogida que mereció, sin duda, aquella obra en el mundo literario. Tuvimos que limitarnos a hacer lo que el actual Obispo de Bilbao, Mons. Gúrpide, atestigua en su carta-prólogo a la nueva edición, que hacía él con cariño desde entonces: «tenerlo habitualmente ante sus ojos» para convertirlo —claro está— en manjar insuperable de la lectura y meditación particular, y, cuando las circunstancias lo permitieran, para ayuda en la predicación euskérica a los fieles.

Cuanto a la inserción de esa obra en la actual Biblia, sólo debemos decir que las variantes introducidas no podían ni debían ser de mayor monta (así lo juzgamos al intervenir en su preparación); es decir, suplir pequeñas omisiones de palabras o frases que se le habían saltado al autor, suavizar expresiones que el principal elaborador de esta edición creyó deber perfeccionar, y cosas parecidas. Lo que sí ha enriquecido éste notablemente es el trabajo de notas, que escaseaban en la edición del 31.

EL ANTIGUO TESTAMENTO.

¡La versión de todo el Antiguo Testamento! ¡Esta era para el P. Olabide la jornada heroica, «la gran travesía del Atlántico» que diríamos en términos de navegación! Pero ni ante ella se arredró el espíritu gigante de aquel alavesito, bajo más bien que alto, de armazón ancha, frente y cabeza despejadas, ojos vivos y apostura marcial, siempre que los dolores de úlcera no la encogiesen e hiciesen palidecer sus rojizos pómulos.

Emprendió, pues, la labor, y uno a uno, cortos o largos, amenos o áridos e interminables, fué poniendo en precioso euskera los 46 libros del Antiguo Testamento. (Lo hacía con el afán de un «verdadero enamorado de la divina palabra», nos dirá Mons. Gúrpide.) No tuvo antecesores que aliviasen su trabajo. Las versiones labortana y guipuzcoana, que, a petición del Príncipe Bonaparte, Luis Luciano, hicieron a mediados del s. XIX los franciscanos Uriarte y Duboisin, quedaron inéditas y son desconocidas. El mismo Olabide escribía dolorido en el prólogo al N. T. del 31: «¡No parecía sino que los Divinos Libros no se hubieran escrito para los vascos!» Entraba, por consiguiente en el campo como explorador; pero su tesón y admirable método superaron todos los obstáculos.

Fijaba primeramente el texto auténtico de cada libro; estudiaba después los mejores comentarios antiguos y modernos, e indagando por último y preguntando incansable por la expresión más acertada, traducía con la mayor fidelidad y fulgor la palabra inspirada. A lo que se ve, su guía principal fueron las obras del eminente escriturista jesuita P. Alberto Vaccari. Junto a los originales hebreo y griego, con sus mejores versiones, tenía siempre delante la Vulgata de Hetzenauer para distinguir lo adicional de ella, como lo había ya hecho en el N. T. Y así equipado, con aquella visión clara que él exigió siempre en sus conceptos, con aquel aguante y serenidad inalterables en el trabajo, fué año tras año hasta el 42, fijo o errante, en una parte o en otra

por las turbulencias de aquella época, construyendo su obra hasta coronar el cuerpo todo del edificio y poner en su cima el laurel de término.

A su muerte en Toulouse (9-IX-42) dejaba traducidos, salvo pequeños pasajes, los 46 libros del Antiguo Testamento en doble manuscrito, y otras dos copias, a máquina, de los 6 primeros libros hasta Tobías. ¡Verdadero monumento para el futuro; obra llevada a cabo con tal riqueza de vocabulario, tal perfección literaria, que podemos fundadamente creer que jamás los vascos habremos de avergonzarnos de ella, sino gloriarnos por el contrario (aunque fuesen grandes los avances literarios que esperemos), y aun en parangón con las mismas versiones bíblicas extranjeras.

Claro está que la lectura de Olabide se les hará a muchos dificultosa; pero, lo mismo que en el prólogo a los Ejercicios, podría él repetirnos y con mayor razón a la entrada de esta Biblia: «Ya sé yo que no todos los que hablan vascuence me han de entender; sólo los cultos comprenderán muchas expresiones. Pero es que sin estudiar no se puede saber nada, y, por desgracia, entre nosotros son pocos los que estudian la lengua. En cada rincón es sólo un puñado de palabras el que se usa, y quien se va de su valle o monte para otro se encuentra con que le toman por nuevas las palabras para él más usuales, y a él se le hacen extraños muchos vocablos y expresiones del lugar. A los escritores corresponde divulgar por todo el ámbito vasco las palabras y modismos de todas partes para que el vascuence integral sea de todos en lo posible. Sólo así se limpiarán y abrillantarán voces hoy llenas de herrumbre y, sobre todo, sólo así, como en viñedo antiguo, podrán llenarse con vocablos y giros de otras partes los huecos que hay en él, sin aportarlos de viña extraña. Si sabemos escudriñar bien nuestra casa, lo tendremos todo en ella» (pp. 10-11).

¡Por eso añoraba tanto Olabide el aprendizaje de nuestra lengua en las escuelas! ¡Por eso sonreiría hoy ante su balbuceo en ellas!; ¡por eso se alegraría de no haber desistido de su empresa, cuando decía que «si supiera no había de lograrse *eso*, daría por mal empleado todo su trabajo y renunciaría a él!»!

Hoy, por el contrario, podemos estar seguros de que «su obra, sacada por cierto adelante —dirá Mons. Gúrpide—, con el máximo esfuerzo de otros jesuitas», habrá de ser (añadimos nosotros) para los venideros la abastecida panera de donde se saque el pan que se reparta a los pequeñuelos en formas y dosis aptas para ellos.

Es difícil seleccionar en el joyero de esta Biblia, pero quien quiera probar sus valores puede examinar, p. ej. en los libros narrativos, la tersura y encanto de expresión; en los poéticos, y especialmente en los Salmos y el Cantar de los Cantares, la belleza de forma; en el de Job, el sentido íntimo; en el Levítico, el caudal abrumador de términos; etc., etc.

PREPARANDO LA EDICIÓN.

Dos palabras, para terminar, sobre el principal de esos héroes anónimos a los que se refiere nuestro Señor Obispo.

Nunca me ha pesado lo que respondí, a fines de septiembre del 55, a mi discípulo en la Compañía P. Eduardo Alberdi, cuando durante mis ejercicios en Oña y en sus últimos días de socio del Provincial vino a proponerme su plan sobre lo ya tratado con el R. P. Baeza. Nuestro Socio, victoriano

émulo del P. Olabide, había rescatado de Toulouse por noviembre del 54 el tesoro íntegro de éste. Ahora había que disponer la publicación de la obra completa. «Sería de verdadera gloria de Dios y grato obsequio a nuestro P. S. Ignacio», había respondido días antes el M. R. P. General, Juan Bautista Janssens. (Palabras que sirven de lema a nuestra edición.)

Se descaba que el obsequio fuese alrededor del centenario de la muerte del Santo. Me decía el P. Alberdi:

—¡Se piensa en quien prepare la edición...! ¿Usted podría hacerse cargo de ésto?

Pensé, ante todo, en mi incompetencia para el caso. Pensé en la ingente labor que la obra exigía; revisar a conciencia el material todo de Olabide; hacer las introducciones y notas a cada uno de los libros; disponer buenos índices, mapas, láminas..., cuanto se necesitase para llegar a algo que iguale y aun supere, a poder ser, a las ediciones contemporáneas de otros países.

—¡Imposible! —exclamé—. ¡Mi edad, el clima y género de vida a que me obliga el asma, el ritmo de vida de una Residencia...! ¡Imposible!

Ardía en deseos por el triunfo de la empresa, pero me sentía incapaz de realizarla. Me presté únicamente a ser el más adicto colaborador en ella.

—Y si no es usted, ¿quién podría hacerlo en nuestra provincia?

—Hay uno —me ocurrió— ¡Si no estuviera tan lejos...! ¡El P. Francisco Echeberría! Ese sí; podría ostentar nombre en euskera; ha seguido viviendo la lengua; tiene tesón y constancia para disponerse y llevar a término obra de tal envergadura.

En efecto, el P. Francisco Echeberría, nacido en Andoaín (1900), fué seminarista en Vitoria y se ordenó de sacerdote; joven aún, ganó el premio de la poesía vasca; entró luego en la Compañía el año 30, en Loyola, cuando me ocupaba yo allí de los jóvenes estudiantes; entró pensando en los infieles y, desde Bélgica, adonde fuimos desterrados, salió el 33 para la China. Constantemente nos hemos correspondido en euskera desde cualquier parte en que estuviéramos; sabía yo que aun sus notas íntimas, sus expansiones poéticas, su diario, lo escribía todo en vascuence. Actualmente se hallaba en Formosa, y jamás ha soñado en abandonar su Misión, como lo acaba de probar con su vuelta a ella.

—¡Si se le pudiera traer aquí...! —repetía yo.

Y entonces me descubrió el P. Alberdi lo que había:

—Pues mire: el P. Baeza lo ha propuesto ya; todo depende de que se logre traerlo.

Mi gozo fué inefable; sólo pensé en pedir a Dios nos concediera esa gracia.

Y vino, por fin. —«El P. Echeberría ha estado 20 meses entre nosotros: gran parte en Bilbao, junto al Mensajero; en el Colegio de Indauchu, donde desde poco después del diálogo anterior estaba de Rector el P. Alberdi. (¡A la vez que el "Héroe de la Reconquista", ha sido el buen P. Eduardo el mejor Mecenas de esta obra!). Otra buena parte la ha pasado en Roma, en la Universidad Gregoriana, junto al P. Vaccari, confrontando y completando lo trabajado en Indauchu; ha hecho su viaje a Tierra Santa; volvió a Bilbao; vino también a Valladolid a hacer conmigo, en una serie de jornadas superintensivas, la revisión total de lo que ya antes habíamos visto por partes, en intercambio postal; regresó a Bilbao; hizo los últimos preparativos y corrigió las pruebas.»

Grandes ventajas, ¿verdad?: ¡veinte meses dedicado exclusivamente a

ello, y con esas facilidades! —Pero es que si no es así, nadie debe encargarse de tales obras. Y el resultado es el que ahora tenemos delante: las *Introducciones*, completas y apropiadas al libro y a los lectores, son más bien abundantes que escasas, y no desmerecen de las que se leen en las mejores obras de este género. Son en total 223 los números que abarcan. —Las *Notas*, tan acertadas, bíblicamente modernas y especialmente aptas para la comprensión vasca, llenan 128 páginas. —El P. ha provisto además a la obra de un valiosísimo «Índice de palabras y materias» *Itzak eta Gayak* (pp. 2160-2190) y de otro, bien curioso, de «Los verbos», los sintéticos usuales y las formas en que aquí se utilizan: *Aditzak* (pp. 2190-2195). Sigue la «Fe de erratas» *Okeñak zuzendu* (¡lástima que las haya y queden otras todavía!; cualquier alteración en vasco es fatal!), y los mapas. Nótese también la disposición métrica dada al texto por él en muchas partes, los encabezamientos, el «Índice de abreviaturas» y mil otras cosas que el P. Olabide ni hubiera sido capaz de ultimar.

¿Mérito de esta labor? ¡Incalculable! Sólo el P. Echeberría era capaz de realizarla; y la realizó, y superó las esperanzas.

Y ¿cuanto a la dicción, al estilo? —Habrán quienes no sólo le hallen gran diferencia con el del P. Olabide, sino que aún encuentren más oscuro al P. Echeberría. Yo también lo encuentro algo así; y no es cuestión de vocabulario preferentemente, sino de redacción: le convendría ser más cortado, menos propenso a incisos, estilo moderno y según la exigencia eterna del vascuence. Creo se haría más claro. —Pero, aun así, la labor del P. Echeberría ha sido verdaderamente admirable.

«EL COLOFÓN», *Galurtxoa* (= el «Pinaculillo», la «Crestecita» como quien dice). Ideado con suma gracia se lo pone al libro el mismo P. Echeberría: en doble estrofa, cantable y de corte de *bersolari*. Autor, Anotador, lugar y fecha-término de impresión, todo aparece allí; y además la expresión del deseo de la Compañía: A. M. G. D. Dijérase que se percibe la melodía misma del propio *bersolari*, y sonrío uno ante la insinuación entre tímida y maliciosa, característica también del género, al final de la primera estrofa. Es la única vez que el P. Echeberría descubre claramente su nombre. Lo pone con modestia, a la sombra de el del P. Olabide. «¡Ya se llevará su reprimenda!», dice de sí mismo el Anotador. Pero seguramente que no, sino al contrario, los plácemes y elogios mejor merecidos.

Tanto él como sobre todo el P. Olabide (a quien Dios se lo estará ya premiando) verán sin duda la gratitud de la Compañía y de todo el pueblo vasco, en el presente y en el futuro, por la gloria que a Dios y a la lengua han dado con su monumental obra.

Valladolid, Domingo de Resurrección, 29 de marzo de 1959.

FÉLIX DE AREITIO, S. I.